

LA RACIONALIDAD DEL SENTIMIENTO; EL SENTIMIENTO DE LA RAZÓN

Jorge Luis Acanda González

*Facultad de Filosofía e Historia
Universidad de La Habana
Calle San Lázaro y L, Vedado, La Habana
anamary@infomed.sld.cu*

ABSTRACT: *Unlike other universal languages, Spanish has been subjected to a permanent performance of concepts which has led to the specificity that the work of self-consciousness, moment of every thought, has acquired in thinking produced in this language, in America and in Spain both in the everyday consciousness as in the philosophical thinking, thinking the essence has involved a sense of transcendence that has always needed sense of history and memory of the struggles. Hence the unity of philosophy, poetry and history in our tradition.*

KEY WORDS: *Thinking, self-consciousness, semantics, memory.*

Animados del loable propósito de contribuir a la estructuración de una comunidad cultural iberoamericana, los organizadores de este coloquio nos convocan a debatir en torno a un tema: pensar en español. Una invitación a explorar sobre las posibilidades que el español abre al pensamiento, a pensar el pensamiento que se ha realizado desde este idioma nuestro. Y no es casual que sea el Instituto de Filosofía quien promueve esta iniciativa, porque pensar al pensar ha sido siempre la marca distintiva del quehacer filosófico.

Pero si tal convocatoria se considera necesaria, es porque no está claro para todos que esa capacidad exista. Recordemos la tesis presentada por Heidegger, de que sólo se puede pensar filosóficamente en griego antiguo y en alemán. Una circunstancia parecería otorgarle la razón: la poca resonancia del pensamiento filosófico producido en España o América Latina, incluso entre los propios filósofos oriundos de estas regiones. Si se observan sus textos, se verá que escasean las referencias a pensadores de su misma área idiomática. Pero este dato es en sí mismo engañoso. Justamente en vísperas de la inauguración de

THE RATIONALITY OF FEELING; THE FEELING OF THE REASON

RESUMEN: A diferencia de otros idiomas universales, el español ha estado sometido a una labor de resemantización de los conceptos, lo cual ha conducido a la especificidad que la labor de autoconciencia, momento de todo pensamiento, ha adquirido en el pensamiento producido en este idioma, tanto en América como en España. Tanto en la conciencia cotidiana como en el pensar filosófico, pensar la esencia ha implicado un sentido de la trascendencia que ha necesitado siempre sentido de la historia y memoria de las luchas. De ahí la unidad de filosofía, poesía e historia en nuestra tradición.

PALABRAS CLAVE: Pensamiento, autoconciencia, resemantización, memoria.

este simposio, en un artículo publicado el 6 de octubre en *El País*, José Vidal-Beneyto, al conmemorar la figura del recientemente fallecido André Görz, destacaba como las casas editoriales, los diarios y revistas, los *mass media* en general, han invisibilizado la obra de toda una serie de importantes figuras del pensamiento europeo contemporáneos (franceses, ingleses, italianos, etc.), mientras privilegiaban la banalización del pensamiento filosófico. La imposición de la lógica del mercado capitalista en la industria editorial permite afirmar que la presencia en el mercado de ideas (precisamente por tratarse de un mercado) no es necesariamente sinónimo de calidad.

Es claro que los organizadores de este simposio nos convocan a reflexionar en torno a un tema crucial: ¿es posible pensar en español? Es decir: ¿podemos desde el español producir esos conceptos esenciales, de una profundidad y amplitud tal que nos permitan conocer la realidad y, lo que es su otra faceta, conocernos? Preguntar por la capacidad del idioma español para producir conceptos es preguntar por su capacidad para conocernos, para pensarnos. ¿Podemos pensarnos en español?

Es muy significativo que esa pregunta se le haga al español. Y no lo es menos que se le haga desde el español. De los así llamados "idiomas universales" es precisamente el español el que tiene una historia más rica en este proceso de producción de conceptos. Rica precisamente por internamente contradictoria y llena de conflictos. Por desgarrada y dramática. Me explico: los distintos pueblos africanos colonizados por Francia o Inglaterra han mantenido sus idiomas originales, que continúan funcionando como lenguaje materno, mientras el inglés y el francés juegan el papel de un segundo lenguaje (en algunos casos manejado con dominio sólo por minorías). No ha sido ése el caso del español en América Latina. Es cierto que los pueblos originarios, en nuestro continente, han mantenido sus idiomas, y que en países como Paraguay, Bolivia o Guatemala el quechua, el aymará, el maya y el guaraní funcionan aún como idioma materno de sectores importantes de la población. Pero no podemos olvidar que en otros muchos países latinoamericanos la población original constituye sólo un porcentaje muy pequeño, o simplemente ya no existe. En esas naciones existe una gran masa humana, producida por un proceso de mestizaje prolongado a lo largo de los siglos, para los cuales el español es su idioma materno. Su idioma. El idioma con el que piensa y con el que se piensa. En español el opresor pensó al oprimido, y en español el oprimido se pensó a sí mismo. Merece destacarse esta circunstancia: a diferencia de los idiomas de otras potencias coloniales europeas (el inglés, el francés), el español devino idioma materno tanto del dominante como del dominado. Espacio por excelencia de autorrepresentación y apropiación de sí y de los otros, de lo propio y lo ajeno tanto del opresor como del oprimido. Y por lo tanto espacio de luchas y de sedimentación de recuerdos, angustias, vivencias. Preguntar por la capacidad de conceptualización del español tiene que remitirnos necesariamente a esa historia de lucha, profunda y pertinaz, por la construcción y reconstrucción de conceptos.

Tengamos en cuenta algunas circunstancias históricas importantes. La primera es la interrelación entre la constitución de España, el idioma español y lo español, por un lado, y la constitución de la América de habla hispana por el otro. A la llegada de los castellanos a América, en Europa no estaban aún conformadas las naciones modernas. En el siglo XVI, España no era una formación nacional. La conformación de España es paralela a la conformación de la América colonial. Lo español adquirió su verdadero

sentido y dimensión en América. Es en América donde gallegos, catalanes, andaluces, vascos, etc., dejan de ser eso y son definidos –y tienen que definirse a sí mismos– como españoles.

Por eso la pregunta sobre si podemos pensarnos en español enfrenta ya de inicio la dificultad de tener que precisar quien es ese "nos": ¿A quién designa ese sufijo devenido aquí sujeto de la oración? Hay que destacar la complejidad y multiformidad de ese "nosotros" que realiza la acción lingüística, la conceptualización. No es tan homogéneo como a veces, en forma muy simplista, nos lo representamos.

En un primer envite, ese "nosotros" abre a la diferenciación entre españoles y aquellos que estamos situados al otro lado del Atlántico. ¿Cómo llamarnos, los que no somos peninsulares? ¿Cómo conceptualizarnos? Es una tentación llamarnos americanos. Pero ese término ya ha sido usurpado por los estadounidenses. La hegemonía política y económica es también hegemonía cultural e idiomática. La propiedad de los conceptos también ha sido y es objeto de las luchas por el poder. Y ello ha ocurrido con el concepto de "americanos". En el alborar del siglo XIX, los patriotas que luchaban por la independencia contra el colonialismo de la corona española se denominaban a sí mismos y denominaban a sus compatriotas como "americanos". Pero ya hoy ese gentilicio ha sido apropiado en exclusiva por los estadounidenses.

Llamémosnos entonces iberoamericanos o latinoamericanos. Pero, dentro de las similitudes, hay grandes diferencias al interior de ese grupo. Recordemos la tipología establecida por el antropólogo brasileño Darcy Ribeiro (Ribeiro, 1992). Del Río Grande a la Patagonia encontramos "pueblos nuevos", surgidos de la conjunción, deculturación y fusión de matrices étnicas europeas y africanas (Cuba y Brasil, entre otros); "pueblos trasplantados", donde el componente de origen europeo es abrumadoramente mayor (Argentina y Uruguay), y naciones de abierto carácter multiétnico debido al gran peso demográfico de los descendientes de los pueblos originarios (Guatemala y Bolivia, por citar dos ejemplos). Es preciso tener en cuenta estas diferencias, para no caer en visiones simplificadoras.

Soy cubano, y mi primer posicionamiento con respecto a la demanda de precisar el sujeto del pensar en español es aclararme y aclarar mi situación como integrante de

uno de esos que Ribeiro llamó "pueblos nuevos", resultado del entrecruzamiento de raíces españolas y africanas. Españolas y africanas en plural ambas, porque como ya sabemos, España es un conjunto de etnias diferentes, y lo mismo ocurría con los africanos, llevados a Cuba como esclavos, y procedentes de pueblos y culturas disímiles, con idiomas distintos. Los esclavos, para entenderse entre ellos, tuvieron que acudir al idioma del esclavizador. El idioma español fungió como elemento de comunicación y de integración.

El conquistador tuvo que crear conceptos para designar no sólo todo lo nuevo que encontró en América, sino también todo lo nuevo que el proceso de colonización iba produciendo. Y lo nuevo no era sólo la realidad natural, física, sino también la realidad humana. A la vuelta de pocos años existían ya tipos humanos nuevos. Los descendientes de los españoles, que ya no eran españoles. Y los de los africanos, que ya no eran africanos. Y los descendientes del cruzamiento de blancos y negros, que no eran una cosa ni otra. Se crearon así dos palabras, establecidas como verdaderas plataformas conceptuales no sólo para designar, sino también para pensar a esos tipos humanos nuevos, y además para que ellos se pensarán a sí mismos desde esos conceptos. Me refiero a los términos "mulato" y "criollo". Así comenzó, al interior del idioma español, un proceso muy importante para su esencia y su devenir. Un proceso que ha cargado a ese idioma de una experiencia histórica que muchas veces no es tenida en cuenta. Me refiero al proceso de resemantización de las palabras. Los primeros conceptos con los que comenzamos a pensarnos en Cuba fueron contruidos por otro. El objetivo era marcar la otredad de lo nuevo que hacía su aparición y también su inferioridad con respecto a lo original. El término "mulato" proviene de la palabra "mula", a la que se le añade el sufijo "ata" que en la Península Ibérica tiene un sentido despectivo. La mula es un híbrido, resultado del cruce del burro con la yegua. Como especie animal es diferente al burro, e inferior al caballo. Fue ese sentido subvalorativo el que tuvo en su inicio ese concepto para designar los resultados humanos del mestizaje. Algo parecido ocurrió con la voz "criollo". Extrañamente se ha generalizado la idea de que es una traducción del concepto francés de *creole*. En realidad, el concepto de criollo se creó por los portugueses en el siglo XVI y significa "el pollo criado en casa", para diferenciarlo del otro, del que viene desde fuera. En su utilización inicial servía para establecer la

diferencia, lo que no es propio del origen peninsular, pero pronto comenzó a ocurrir que esta palabra, al igual que otras, fue refuncionalizada por las propias personas a las que se les impuso como marca. Fue el inicio de un proceso de resemantización que se ha prolongado durante siglos, que aún no ha concluido, y que ha significado, en tanto expresión de conflictualidad y contradicción, una fuente de enriquecimiento en la capacidad expresiva de nuestra lengua. Capacidad que es expresión y resultado de las potencialidades de los muy variados pueblos que lo hablan.

Pensarse implica establecer una diferencia con el Otro. Para aquellos criollos, blancos o negros o mulatos, que comenzaron a pensarse, el Otro estaba muy cerca, pues era una presencia fundante, y ello en un doble sentido: porque fundaba al criollo como lo diferente y lo supuestamente inferior, pero también a la vez porque constituía raíz y origen. Ese Otro que nos confrontaba, no nos era sin embargo algo ajeno, sino que formaba parte de nuestro ser. Y no sólo en el inicio, en el siglo XVI, sino a todo lo largo de un proceso de constitución de lo cubano que duró siglos, acompañándonos en ese proceso. La percepción de sí mismo del criollo, primero, y del cubano, después, no podía basarse en una suerte de fundamentalismo étnico, ni en una evocación de un origen perdido, porque tal origen no existía. El rechazo a lo español no podía ser ni definitorio ni distintivo. Y lo mismo valía para lo africano.

Se fue conformando así un concepto de "nosotros" peculiar, que necesariamente tenía que encontrar su expresión en imágenes y en conceptos. Los estudiosos del proceso de conformación de la nacionalidad cubana han llamado la atención al doble sentido que alcanzó el término "criollo": diferenciador e integrador a la vez. Diferenciador con respecto a lo que no es propio, del patio, pero integrador, porque no señala lo que es "nacido aquí", sino lo que se ha "criado aquí". Es decir, lo que se ha "culturizado aquí". No hay cabida a esencialismos o fundamentalismos étnicos. Es una forma de entender lo propio y de llenar de contenido el concepto de "nosotros" posible sólo como resultado de la complejidad de los procesos de colonización que se abrieron en ciertas regiones del universo hispanohablante, y que presentó un desafío al pensamiento que necesariamente tenía que impactar en el campo del lenguaje poético, el político y el filosófico. La esencia del concepto de "lo nuestro" se tuvo que abrir a lo integrador y no a lo excluyente.

Ese desafío fue emprendido desde el arte, desde la política y desde la filosofía, tres formas de pensamiento que caminaron siempre muy unidas en Cuba. Se desarrolló la percepción de que lo peligroso para la identidad nacional no era lo que provenía del extranjero, sino lo que era impuesto. Lo ajeno no tenía una marca geográfica, sino política. En la primera mitad del siglo XX, la vanguardia intelectual cubana percibirá el peligro a la identidad no en las oleadas de inmigrantes españoles, sino en la influencia disolvente de la industria cultural de masas estadounidense.

La labor de resemantización de los conceptos creados para pensarnos, comenzada en forma espontánea por la conciencia popular, fue continuada desde la política, la ciencia social y la filosofía. Así ocurrió con términos tales como "cimarrón" o "mambi". Y presentó el desafío de tener en cuenta la historia, y la memoria histórica. Lo criollo primero, y después lo cubano, incluía un fuerte componente espiritual. Se percibió a sí mismo como un sentimiento, una sensibilidad. Pensarnos, pensar lo cubano, implicaba darle racionalidad al sentimiento, y expresar el sentido de la razón.

A fines del siglo XVIII y principios del XIX tuvo lugar en Cuba una "revolución desde arriba", operada por la clase dominante, la de los plantadores, quienes transformaron radicalmente el paisaje natural y humano de la mitad occidental de la isla y establecieron un patrón de acumulación económica que duró casi dos siglos. Esa clase alcanzó una gran cuota de poder, y logró establecer un pacto con la corona española que fue mutuamente ventajoso para los dos. Esa oligarquía fue capaz de proyectar un modelo del país que querían y de realizarlo. Se sirvieron para ello de la razón. Pero desde el inicio mismo de ese proceso apareció

un grupo de figuras que se empeñaron en pensar otro país, otra Cuba, eliminando la esclavitud y abriéndolo a las libertades. Tuvo que apoyarse también en la razón, pero en una liberadora, y no en la instrumentalidad guiada por el afán de ganancia. Acudió a la razón como instrumento de liberación, no de sometimiento.

No toda la filosofía que se hizo en Cuba fue animada por esa intención, pero sí la que podemos considerar filosofía cubana. Estuvo marcada por toda esa conflictividad, ese desgarramiento, al que he hecho referencia anteriormente. Como filosofía tuvo que construirse como autoconocimiento, como conciencia de sí. Tuvo que cumplir la función de soporte de la tarea de pensarnos. Y tuvo que hacerlo en español, naturalmente. Y lo hizo apoyándose en la historia. El ser de lo cubano no es algo fijo, algo que pueda aislarse. Ha sido y continúa siendo un proceso. La esencia de la nación ha estado y está en la resistencia. Pero resistencia no como afán de inmovilismo, de mantener algo ya existente, intención reaccionaria. Para ello, esa resistencia ha estado siempre necesitada de sentido histórico, que es sentido de finalidad. El sentido de trascendencia que ello implica tiene que apoyarse en la historia, en la memoria del pueblo, en la memoria de las luchas. De ahí la unidad de filosofía, poesía e historia en nuestra tradición. Sólo así puede entenderse la influencia que ejercieron en el pensamiento cubano tres figuras eminentes del pensar en español: Miguel de Unamuno, María Zambrano y Fernando de los Ríos.

Termino citando una frase de José Martí, en quien esta tarea de pensar(nos) en español alcanzó una cima: "no hay que estar a las palabras, sino a lo que está por debajo de ellas".

BIBLIOGRAFÍA

Recibido: 15 de febrero de 2008

Aceptado: 15 de marzo de 2008

Ribeiro, Darcy (1992): *Las Américas y la civilización*, La Habana, Ediciones Casa de las Américas.